

Reseñas

OTTO, Rudolf, *Lo santo*, Traducción de Fernando Vela, Prólogo de Manuel Fraijó, Biblioteca Universal - Ensayo Contemporáneo, Círculo de Lectores, Barcelona 2000, 260 páginas.

Clásico es un libro que resiste una segunda lectura desde la perspectiva de un nuevo paradigma. El Prólogo de Manuel Fraijó que precede a la edición del Círculo de Lectores invita a releer este «ensayo contemporáneo», vigente todavía hoy en un mundo intelectual que no es ya el de 1917, fecha de la primera edición. El debate sobre la traducción del título *Das Heilige* por *Lo santo* o *Lo sagrado* es un indicio del cambio de perspectiva. Enfrentados a una elección similar, los traductores de la versión griega de los LXX optaron por el término griego *hagios*, «santo», —*qodesh* en hebreo— frente a *hieros*, «sagrado», preferido para traducir lo relativo a las funciones de culto —*kahan*—. En la medida en la que Otto ve la esencia de la religión a través del modelo cristiano y del Trisagio de Isaías 6,3, sobre lo que Fraijó llama la atención, es más adecuada seguramente la traducción *Lo santo*. Pero el estudioso actual tiende a hablar de lo sagrado más que de lo santo al igual que se pregunta más por el origen de lo religioso, sus características fenomenológicas, su función social, el sentido de su lenguaje o la comparación entre las religiones y no tanto por la esencia de la religión o el sentido último de la experiencia religiosa como hacía R. Otto.

Fraijó sitúa a Otto en la estela de Lutero, Schleiermacher y Kierkegaard quienes percibían la religión como una experiencia —*Erlebnis*— o «vividuría» en traducción de Ortega, frente a los filósofos del s.XIX que la consideraban como una falsa necesidad —*Bedürfnis*, Feuerbach— o una ilusión —Freud—. Por otra parte, el teólogo protestante que era R. Otto se sentía tan alejado de la teología liberal de A. Von Harnack, en declive por entonces, como de la emergente teología dialéctica de K. Barth, las cuales, desde perspectivas diferentes, negaban el posible valor de las «religiones», exceptuando la «fe» cristiana y cercenando así en la práctica el desarrollo de su estudio científico en el mundo universitario alemán. Y, sin embargo, si Harnack podía definir *La esencia del cristianismo* en términos más racionales que religiosos, Otto investigaba la esencia de la religión en lo tremendo y fascinante de todo lo numérico, para a la postre afirmar también la superioridad del cristianismo sobre las demás religiones por ser la mejor síntesis de lo racional y lo irracional: «al mezclar lo patente con lo misterioso que se vislumbra y sospecha, el amor más alto con la terrible cólera —*orgé*— del numen, el sentimiento cristiano ha aplicado de la manera más viva la categoría de lo santo y producido la intuición religiosa más profunda que puede encontrarse en la historia de la religión» p. 249. En esta valoración del cristianismo Otto, además de teólogo cristiano, se mostraba tan hijo de la Ilustración como Harnack pero su invocación de una «contraposición entre racionalismo y religión profunda» p. 45 y su insistencia en que «no se puede discutir el valor y validez de las intuiciones religiosas con gentes que no se hayan adentrado por sí mismas en el sentimiento religioso» p. 249, lo alejaban tanto de lo que pueda ser una valoración neutral y aséptica de las religiones como de unos planteamientos metodológicos que se abstengan de mezclar la subjetividad del observador con el objeto analizado.

En el amplio abanico de disciplinas de estudio sobre la religión y las religiones, la obra de Otto tiene su lugar en una teología de extracción luterana, en la filosofía de la

Reseñas

religión de tradición kantiana, con A. Ritschl como mediador entre una y otra, y en una fenomenología de la religión de estirpe husserliana. En Otto se encuentran también algunos atisbos de comparación entre religiones, pero siempre bajo la preocupación por la esencia de la religión, la cual las hace en el fondo inaccesibles al conocimiento humano en aquello que tienen de más específico: el *a priori* religioso, concebido al modo de un imperativo moral kantiano, sea el sentimiento de «absoluta dependencia» de Schleiermacher o el «sentimiento de criatura» ante lo numinoso de Otto.

Lo santo está presente en la obra de autores posteriores: en W. Brede Kristensen y su distinción de dos tipos de religión, uno de orientación racional y otro más místico; en G. van der Leeuw y su pretensión de mantener unidos el sujeto y el objeto de la religión; en J. Wach, quien, tras distinguir las dimensiones teóricas, prácticas y sociológicas de la religión, pretendía reunir las todas considerando las múltiples formas de lo religioso como expresiones de una realidad religiosa universal que fundamenta la función integradora del factor religioso; tal vez sobre todo en M. Eliade, quien, más allá de la relación entre los elementos racionales e irracionales de la religión, pretendía captar lo sagrado en su integridad, desarrollando para ello una «morfología de lo sagrado».

La obra de R. Otto que recoge los diversos hilos del pensamiento ilustrado sobre la naturaleza y el valor de la religión, no ha tenido una verdadera continuidad en los estudios posteriores, pues estas dos cuestiones, la esencia y la valoración positiva o negativa de la religión, han dejado de tener vigencia, al menos por sí mismas, cediendo la primacía a planteamientos más descriptivos e históricos sobre el origen, estructura, función, comparación y hermenéutica de lo religioso. Los pioneros de las diferentes disciplinas de análisis y crítica de la religión, Max Müller, James Frazer, Émile Durkheim, Max Weber, Marx y Freud, o también historiadores como A. von Harnack, eran básicamente antropólogos, sociólogos, filósofos, psicólogos o historiadores que no dejaban por ello de preguntarse por la esencia y el valor de lo que estaba tras los fenómenos que descubrían. Sus sucesores, especialistas de las diversas disciplinas en departamentos universitarios estancos han olvidado por lo general aquellas preguntas, relegadas al limbo de la teología o al purgatorio crítico de la filosofía de la religión, ambas excluidas de los estudios positivos sobre el fenómeno religioso.

Sin embargo, la esencia de las cosas radica siempre en sus adjetivos más que en sus atributos —lo numinoso es fascinante, tremendo, sublime, *mirum*, *deínós*, *árreton*, *sebastós* antes que omnipresente, omnipotente u omnisciente— y destila mejor fragancia cuanto menos permanece expuesta a la intemperie y al alcance de destemplados. Las vías de acceso a la experiencia de lo sagrado son para Otto la simbología y la mística. Ante lo numinoso el hombre se siente criatura, ante el *mysterium* el místico reconoce su ser nada, ante lo *fascinans* el hombre se postra y conoce las experiencias de gracia, del *nirvana*, del éxtasis o de la visión beatífica. Desde esta perspectiva la presencia de *Lo santo* de Otto se deja percibir en los ambientes más alejados y aparentemente más hostiles. Así, en sociología Peter L. Berger trabaja con una definición sustancial de religión —«cosmización de tipo sacralizante»—, reconociendo expresamente su deuda con R. Otto, al igual que Th. Luckmann hablaba de «universos simbólicos» o sistemas de significado socialmente objetivados. Donde mejor se hace sentir el influjo de *Lo santo* es en lo que G. Durand denomina el «gran

Reseñas

cambio epistemológico» producido en los últimos decenios: la recuperación del valor de lo simbólico y la rehabilitación del *homo religiosus*.

En este sentido R. Otto «puso en marcha un debate que tiene larga vida asegurada», como dice M. Fraijó. A pesar de su parcialidad, etnocentrismo, conciencia de superioridad del cristianismo respecto a las otras religiones, eliminación de las categorías de «historia» e incluso de «existencia», imprescindibles para dar razón de las incesantes mutaciones de la «experiencia» de lo fascinante y tremendo, el libro *Lo santo* no cesa de fascinar y de producir sobresaltos. Sigue siendo un clásico de lo sagrado.

Julio Trebolle Barrera